



## “La Iglesia es militante”

Homenaje a la “*Meditation sur l’Eglise*” de  
Henri de Lubac, 60 años después de su publicación

*Juan Pablo Ledesma, L.C.*

### *Introducción*

Hace 60 años el teólogo jesuita, Henri de Lubac, publicaba su “*Meditation sur l’Eglise*” en Aubier-Montaigne, París. El valor de esta obra reside no sólo en el influjo que seguramente ejerció en el ya previsible Vaticano II, así como en la eclesiología posterior.

Un factor determinante es que precisamente esta meditación fue escrita en un momento crítico de la vida del autor, oscurecido por incomprendimientos, dudas y sospechas. Retirado de la docencia y expulsado de Lyon, Henry de Lubac compuso estas páginas desde dentro de la Iglesia, permaneciendo y mirando a la Iglesia, desde su forzado silencio.

A lo largo de sus nueve capítulos, el autor contempla a la Iglesia como misterio en sus dimensiones más profundas. Analiza los dos aspectos de la unidad de la Iglesia, llegando al corazón mismo de la Iglesia, que es la Eucaristía. Pasa después a situar a la Iglesia en medio del mundo y la ve como sacramento de Jesucristo, como Madre. Analiza las nuevas tentaciones respecto a la Iglesia y cierra su contemplación con un capítulo dedicado a la Iglesia y a la Virgen María.

Precisamente, en el capítulo que sigue al corazón de la Iglesia, Henri de Lubac sitúa a la Iglesia en medio del mundo. Existe en este mundo y vive –o mejor dicho- peregrina en medio de él. Esta expresión equivale a decir que la Iglesia está en medio de los combates. Fue prefigurado por el Israel guerrero que era conducido por Yahvé a la

conquista de su herencia. Su Dios es el Dios de la Paz. Ella predica a Aquél que ha pacificado todas las cosas por la sangre de su cruz<sup>1</sup>.

“No se puede disimular este aspecto, porque es esencial. No podemos olvidar que nuestra Iglesia es *militante*”<sup>2</sup>. Y para probarlo, Henri de Lubac se sirve de relevantes e indiscutibles fuentes de la Tradición teológica.

Citando el breve opúsculo a los mártires, Tertuliano afirma que la Iglesia es el ejército, la milicia del Dios vivo<sup>3</sup>. La Iglesia es también – para san Cirilo de Jerusalén- la milicia del gran Rey, en la cual fuimos enrolados por el bautismo y la confirmación<sup>4</sup>. Del abad Ruperto de Dietz o de Saint-Laurent de Lieja, conocido como *Rupertus Tuitensis*<sup>5</sup>, retoma una atrevida y aventurada expresión: La Escritura es el libro de los “combates” de Dios. Y en esa clave lee toda la historia de la salvación.

En Hugo de San Víctor, encuentra Henri de Lubac, una interpretación teológica que se remonta a los orígenes, considerando la obra de la creación y la restauración en Cristo. En la economía de la salvación: “El Verbo es nuestro Rey, el cual ha venido a este mundo a librar una batalla con el demonio. Y todos los santos que existieron antes de su advenimiento vienen a ser como los soldados que forman la vanguardia de este ejército real; los que han venido después de Él y los que han de venir hasta el fin del mundo son los soldados que marchan en pos de su rey. El rey ocupa el centro de su ejército, y avanza rodeado del escudo que en torno a Él forman sus tropas”<sup>6</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 1988, p. 152.

<sup>2</sup> H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 1988, p. 150.

<sup>3</sup> *Ad Martyres*, cap. 3: “Vocati sumus ad militiam Dei vivi iam tunc, cum in sacramenti verba respondimus”. PL 1, 624A.

<sup>4</sup> *Catechesis* IV, cap. 3. PG 33, 428B.

<sup>5</sup> *De Victoria Dei* 1, II, Cap. XVIII: “Hanc inimicitiam caput et initium fuisse bellorum Domini, et quod sacra Scriptura dicatur liber bellorum Domini, et liber iustorum”. PL 169, 1257B

<sup>6</sup> H. DE SAN VÍCTOR, *De Sacramentis christianae fidei*, Prologus, cap II: “Verbum enim incarnatum rex noster est, qui in hunc mundum venit cum diabolo pugnaturus; et omnes sancti qui ante eius adventum fuerunt, quasi milites sunt ante faciem regis praecedentes; et qui postea venerunt et venient usque ad finem mundi milites sunt regem suum subsequentes. Et ipse rex medius est in exercitu suo; hinc inde vallatus incedens et stipatus agminibus suis.” PL 176, 183B-C.

Combate, lucha, un Rey y su ejército. El mundo y el demonio. Los santos y la Iglesia. Si la Iglesia está en este mundo, aunque no sea del mundo, se halla en medio de las asechanzas del maligno: persecuciones, cismas, herejías, pecado...

Basten estas referencias para recordar la militancia de la Iglesia y, por lo tanto, de cada cristiano, como hijo y miembro de ella.

Siguiendo la intuición del gran teólogo del siglo XX, pretendemos en este estudio mostrar cómo la Iglesia ha sido y seguirá siendo militante. En un primer apartado mostremos cómo lo ha sido en su origen y en su historia. Después analizaremos cómo lo es en su misión y en su cometido: la extensión del Reino de Dios. Y, finalmente, cerraremos nuestra “meditación sobre la Iglesia”, contemplando esta dimensión en su consumación final.

Si la vida de cada hombre es una milicia –como aparece en el libro de Job; si la Iglesia ha sido, es y será militante, podemos afirmar que la vida de cada asociación, instituto, movimiento, congregación y urden también lo será. Descartar esta dimensión de la Iglesia sería reducir y descartar un rasgo que embellece a la Esposa de Cristo.

### *1. Iglesia militante desde sus orígenes*

Como todas las obras de Dios, la Iglesia en su historia humana comenzó de modo simple y humildemente. No podemos precisar un momento único, porque la Iglesia no nace en un momento puntual. La fundación de la Iglesia no resultó de un acto aislado, sino que es historia. Todos los hechos y la vida entera de Jesucristo constituyen la raíz y el fundamento de la Iglesia. El conjunto de palabras y acciones se completan con su muerte y resurrección, además de la efusión y envío del Espíritu Santo. De esta forma, la fundación de la Iglesia depende de un proceso histórico, en el cual y por el cual Dios se revela y salva al hombre<sup>7</sup>.

Las promesas de Dios del Antiguo Testamento relativas al pueblo de Dios, a Israel, son el presupuesto de la Iglesia. Todas aquellas promesas apuntaban a Jesucristo y sólo desde Él se puede descifrar su mensaje.

---

<sup>7</sup> Cf. F. MATEOS, L.C., *Cristo amó a su Iglesia*, Nueva Evangelización, México 1997, pp. 58-59.

Sin Jesucristo, el Antiguo Testamento permanece velado e incompleto. La tierra de Abraham, de Isaac y de Jacob; la tierra del éxodo y del regreso del exilio; la tierra del templo y de los patriarcas y profetas es el escenario donde el Hijo de Dios tomó carne de María Virgen, donde vivió, padeció, murió y resucitó. Esa tierra es la cuna histórica y geográfica de la Iglesia.

Jesucristo se encarnó en esta tierra en el seno de María, bajando del cielo. De Jesucristo, de su corazón y del Espíritu Santo nació la Iglesia, que es su cuerpo, su esposa, su pueblo. Iglesia peregrina por este mundo.

Cristo llamó a unos pescadores. A Pedro le revela su nueva misión: ser piedra, roca, el fundamento visible sobre el que será construido todo el edificio espiritual de la Iglesia (Mt 16, 16-19). Le encarga atar y desatar en la tierra y en los cielos. “Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18). Este fue el propósito y voluntad de Cristo: hacer de sus discípulos una Iglesia visible, duradera por todos los siglos y fuerte y firme ante las asechanzas del infierno.

La Iglesia de Cristo nace del manantial inagotable del amor de Cristo que se manifestó en el árbol de la cruz y que se actualiza en el Sacrificio de la Eucaristía. La Iglesia nace, se alimenta y vive de la Eucaristía. Eucaristía, presencia de Cristo, memorial de su muerte y de su resurrección. Cristo vivo, entre nosotros. Amor. Comenta Benedicto XVI: “Dios se hizo tan cercano que bajó a la oscuridad de la muerte para iluminarla con el esplendor de su vida divina; tomó sobre sí el mal del mundo para purificarlo con el fuego de su amor<sup>8</sup>.”

Sólo desde el amor los primeros cristianos experimentaron la resurrección de Cristo, que actualizamos y celebramos en cada misa.

Como testigos del Resucitado, los apóstoles serán las piedras vivas de la fundación de la Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de estos hombres, de estos “testigos de la resurrección de Cristo”: Pedro y los Doce, los más de quinientos a quienes se les apareció Jesús, además de Santiago y los demás apóstoles (Cf. 1 Co 15, 4-8)<sup>9</sup>.

Jerusalén fue la cuna de la Iglesia naciente. La Iglesia, reunida en oración con María y algunos discípulos, después de vivir el misterio

---

<sup>8</sup> BENEDICTO XVI, 12 de septiembre de 2012.

<sup>9</sup> Cf. CIC, 642.

pascual, recibe el Espíritu Santo. La efusión, los dones y carismas del Espíritu Santo transforman los corazones y mueven a la evangelización. La Iglesia se manifiesta cuando el don del Espíritu Santo llena los corazones de los apóstoles y les impulsa a salir de sí mismos para anunciar el evangelio y, así, extender su reino.

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 5). Es ésta quizás la mejor descripción de todo lo que aconteció en Pentecostés y de lo que acontece con cada creyente por el bautismo: “Se llenaron todos de Espíritu Santo” (Hch 2, 4).

En Pentecostés, la Iglesia surge no por una voluntad humana, sino por la fuerza del Espíritu de Dios. Es este Espíritu quien da vida a la primera comunidad haciéndola una y superando así la maldición de la torre de Babel (cf. Gn 11, 7-9). ¿Acaso el Espíritu Santo no crea unidad, paz, armonía, amor?

En uno de sus sermones, san Agustín llama a la Iglesia «*Societas Spiritus*», sociedad del Espíritu<sup>10</sup>. Esta expresión pone en evidencia cómo toda sociedad es comunidad de personas. La Iglesia forma una nueva sociedad, una comunidad de amor. Es la sociedad de la caridad a Dios y al prójimo, de las bienaventuranzas.

Pentecostés manifiesta plenamente la unión entre el Espíritu de Cristo y su Cuerpo místico, la Iglesia y la extensión del reino de Cristo. La Iglesia que nace en Pentecostés no es una comunidad separada ni particular. Es la Iglesia universal, la que habla todas las lenguas de todos los pueblos, la que está destinada a los confines de la tierra.

¿Cómo es posible que un grupo de hombres y mujeres, reunidos en oración, recibiera tal impulso evangelizador y misionero? La Iglesia no se atrincheró Jerusalén. Como es militante, salió de sus murallas y se expandió, propagándose por el mundo conocido. Llegó a Roma. La ciudad de los césares representaba en la antigüedad el orbe entero. Por eso la Iglesia es católica, porque además de contener toda la verdad, encarna la universalidad. Pentecostés fue el acontecimiento originario y también es el impulso permanente para que la Iglesia sea siempre ella misma: comunión y testimonio.

Pentecostés –comenta acertadamente Cantalamessa– es el elemento fundacional de la Iglesia al que siempre hay que remitirse para sa-

---

<sup>10</sup> SAN AGUSTÍN, *Serm.* 71, 19, 32: PL 38, 462.

ber qué es y que tiene que ser la Iglesia. En él se contienen el ADN y el genoma de la Iglesia<sup>11</sup>.

Por todas las regiones se formaron nuevas comunidades cristianas. La barca de la Iglesia, con el viento y el fuego de Pentecostés, obedeció al mandato de Cristo de extender su reino, de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio (Cf. Mt 28, 16-20).

El mundo ni imaginaba lo que ocurriría después. La Iglesia seguirá siempre viva, impulsada por la misma fuerza que la puso en marcha y la hizo crecer.

Los apóstoles fundaron comunidades en cada población. Para que el Evangelio se conservara siempre vivo en la Iglesia, los apóstoles nombraron como sucesores suyos a los obispos. Las primeras Iglesias brotaron como retoños de la semilla de su predicación. Por esto también a aquellas Iglesias se les denomina: apostólicas. De ellas hemos recibido la tradición apostólica.

Si la Iglesia no fuera obra de Dios, ¿cómo se explica entonces que el mensaje de aquel joven nazareno, crucificado durante una Pascua judía del siglo I, perdure hasta el día de hoy? Si no fuera militante, ¿cómo es posible que un puñado de pescadores galileos lo siguieran, lo testimoniaran y que su predicación haya alcanzado a todo el orbe de la tierra? Eran un puñado de hombres rudos e ignorantes, necios a los ojos de los hombres, débiles, pobres que confundieron a sus perseguidores.

Se cuestionaba San Juan Crisóstomo:

“¿De dónde les vino a aquellos doce hombres, ignorantes, que vivían junto a lagos, ríos y desiertos, el acometer una obra de tan grandes proporciones y el enfrentarse con todo el mundo?... Y más si tenemos en cuenta que eran miedosos y apocados... Cuando Cristo fue apresado, unos huyeron y otro, el primero entre ellos, lo negó... ¿Cómo se explica, pues, que aquellos hombres que mientras Cristo vivía, sucumbieron al ataque de los judíos, después, una vez muerto y sepultado, se enfrentaran con el mundo entero, si no es por el hecho de su resurrección y porque les habló y les infundió ánimos? De lo contrario se hubieran dicho: No pudo salvarse así mismo, y ¿nos va a proteger a nosotros? Cuando estaba

---

<sup>11</sup> R. CANTALAMESSA, *Amar a la Iglesia, meditaciones sobre la Carta a los Efesios*, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 47.

vivo no se ayudó a sí mismo, y ¿ahora, que está muerto, nos tenderá una mano? Él, mientras vivía, no convenció a nadie, y ¿nosotros, con sólo pronunciar su nombre, persuadiremos a todo el mundo? No sólo hacer, sino pensar algo semejante sería una cosa irracional”<sup>12</sup>.

Si Cristo no hubiera resucitado, los Apóstoles no se hubieran atrevido ni se hubieran lanzado a una aventura tan arriesgada, donde prácticamente uno tras otro murieron mártires por su fe en Cristo. Pedro viajó a Roma. Tertuliano refiere que “Pedro ha bautizado en el Tíber”<sup>13</sup>, confirmando así la estancia de Pedro en la ciudad eterna.

En torno al año 67 dC., san Pablo compartió la misma gloria del martirio de Pedro. El primer papa muere crucificado boca abajo. El apóstol de las gentes es decapitado en la Vía Ostiense. Por el honor de haber sido fundada por Pedro y Pablo, la Iglesia de Roma es la Iglesia apostólica por excelencia.

Se les llama columnas de la Iglesia naciente. Testigos insignes de la fe, extendieron el reino de Dios y sellaron con su sangre la predicación del Evangelio. Su martirio es signo de la unidad de la Iglesia, como recuerda san Agustín: “Un solo día está consagrado a la fiesta de los dos apóstoles. También ellos eran uno. Aunque fueron martirizados en días diferentes, eran uno. Pedro precedió. Pablo siguió”<sup>14</sup>.

Pedro y Pablo, las dos columnas de la Iglesia naciente, serán más adelante los nuevos patronos de la ciudad de Roma, y su luz resplandecerá –según la expresión del Papa Dámaso- como los *nova sidera* (nuevos astros).

Sus personas aluden y sustituyen dos antiguos paralelismos de hermanos. Pedro y Pablo purifican la imagen trágica de los primeros hermanos de la historia bíblica, Caín y Abel. También renuevan las míticas figuras de Rómulo y Remo, los hermanos que fundaron Roma sobre las siete colinas. De esta forma, su vida y su martirio siguen gritando al mundo que sólo seguir a Cristo conduce a una nueva y definitiva fraternidad.

---

<sup>12</sup> SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre la primera carta a los Corintios, Homilía 4*, 3, 4: PG 61, 34-36.

<sup>13</sup> “*Petrus in Tiberim tinxit*”: Tertuliano, *El Bautismo IV*, 3. Cf. Fuentes Patrísticas, edición bilingüe preparada por Salvador Vicastillo, Ciudad Nueva, Madrid 2006, p. 109.

<sup>14</sup> SAN AGUSTÍN, *Discurso 295*, 8: PL 38, 1352.

Los emperadores se sucedieron rápidamente en el trono y para la Iglesia se alternan períodos de paz y otros de persecución. Domiciano se proclamó a sí mismo “señor y Dios”, exigiendo el culto a su persona. Persiguió sin escrúpulos y castigó con la muerte a todos sus opositores. Mató a hombres, mujeres y niños. Para los cristianos, fieles y firmes, existían sólo tres salidas: deportación, cárcel o muerte.

Los cristianos sacaban fuerzas del Señor, revistiéndose de la armadura de Dios para poder resistir a las asechanzas del demonio. Sabían que la lucha no era contra hombres de carne y hueso, sino contra los espíritus del mal, amos del mundo de las tinieblas. (Cf. Ef. 6, 10-12)

Sanguinarias persecuciones laceraban el cuerpo de la Iglesia. Son los siglos de las catacumbas, de las sangre de los mártires que produce semillas de nuevos cristianos.

Pero, ¿qué significa ser cristiano? Los mártires responden con su sangre: “Dejad que sea trigo de Dios triturado por los dientes de las fieras para convertirme en pan blanco de Cristo”<sup>15</sup>. El cristiano es el fiel seguidor de Jesucristo hasta el final. El martirio será una de los signos de unidad de la Iglesia.

“Iglesia dichosa –exclama san Cipriano- a la que Dios se dignó purificar y embellecer con la sangre de los mártires. Antes era blanca por las obras de los hermanos; ahora sea vuelto roja por la sangre de los mártires. Entre sus flores no faltan ni los lirios ni las rosas. Que cada uno de nosotros se esfuerce ahora por alcanzar el honor de una y otra altísima dignidad, para recibir así las coronas blancas de las buenas obras o las rojas del martirio”<sup>16</sup>.

Numerosas persecuciones sacudieron duramente a la Iglesia, pero no lograron sofocarla. ¿Por qué? Simple y llanamente porque la Iglesia vive de la Eucaristía. Y esto lo sabían y lo experimentaron ya los primeros cristianos. La Iglesia se nutre de Eucaristía. Jesucristo, muerto y resucitado se ha quedado con nosotros como alimento de vida eterna: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre... el que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna... permanece en mí y yo en él.”(Jn. 6, 51.54.56)

---

<sup>15</sup> IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los romanos*, IV, 1.

<sup>16</sup> SAN CIPRIANO, *Carta 10*, 5: CSEL 3, 495.

Él es el pan de los débiles, la medicina de la inmortalidad. “Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira”<sup>17</sup>.

En Cristo Eucaristía se encierra toda la vida de la Iglesia. Este sacramento ha alimentado durante dos mil años a innumerables creyentes. De él ha brotado un río de gracia. ¡Cuántos santos han encontrado en él no sólo el signo, sino como una anticipación del Paraíso! Precisamente aquí los cristianos de todos los tiempos han encontrado diariamente las fuerzas para profesar su fe.

A finales del siglo IV, en una ciudad del norte de África llamada Abitene, un grupo de cristianos celebraban la eucaristía en casa de un tal Emérito. Fueron sorprendidos y llevados a los jueces. Interrogados si ignoraban las penas reservadas para quienes permitiesen celebrar la eucaristía en sus casas, uno de ellos respondió: -Sí, lo sabíamos. Es más, nos podéis quitar el ganado, las casas, el dinero, pero la eucaristía no, porque sin la eucaristía no podríamos vivir. Poco después fueron ejecutados, como tantos otros.

Cuando amainaron las primeras persecuciones, los cristianos pudieron abandonar las catacumbas. Es entonces cuando la Iglesia emprende con vigor una nueva evangelización. Florecen las obras de caridad. Por medio del catecumenado, nuevos hijos se incorporan a la familia eclesial mediante la penitencia y la instrucción en las verdades de la fe.

Después de su conversión y de la muerte de su madre, Mónica, Agustín fue consagrado obispo. Volvió a su África natal y se encontró con una Iglesia desgarrada por el cisma. La verdadera Iglesia de Cristo, según los donatistas<sup>18</sup>, estaba corrompida y adulterada. Sus minis-

---

<sup>17</sup> JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucaristia*, 59.

<sup>18</sup> Los donatistas constituyeron uno de los primeros movimientos cismáticos en el seno de la Iglesia. En síntesis, pretendían ser la verdadera Iglesia, por la pureza de impecabilidad de sus ministros y de sus fieles. Por lo mismo, rechazaban a los sacerdotes y obispos que habían sacrificado o apostatado durante la persecución y los consideraban indignos de poder administrar los sacramentos. Según ellos, sólo eran válidos los sacramentos administrados por ministros dignos y sin pecado. Llegaron incluso a detentar un grupo armado y agresivo: los *circumceliones*. Favorecieron el martirio, como signo de pertenencia a la Iglesia. Hubo más de 300 obispos africanos donatistas. Obispos como san Optato de Milevi y san Agustín los confutaron con sus escritos y predicación. Algunos emperadores romanos los favorecieron. Valente los persiguió; Juliano (361) los aceptó. Honorio se preocupó por la pacificación, logrando reunir en Cartago a 279 obispos donatistas y a 286 católicos. El donatismo desapareció definitivamente con la invasión de los vándalos en el año 430.

tros, muchos de ellos, apóstatas de la fe en tiempo de persecución, se habían convertido en vasos de inmundicia que no podían contener ya ni administrar la gracia de Dios. Agustín, sin embargo, ve y predica el perdón, la misericordia en una Iglesia, que es sacramento de unidad y de amor<sup>19</sup>.

La Iglesia, sin negar la debilidad, conocía también la grandeza del hombre. Por el bautismo es una nueva creatura en Cristo (2 Cor 5, 17). Por eso, antes las caídas y pecados, apoyada en el poder de atar y desatar, la Iglesia nunca ha abandonado a sus hijos. Les ofreció el camino de la penitencia, como una segunda tabla de salvación, después del naufragio en el pecado.

El sacramento de la penitencia es el sacramento de la misericordia de Dios, que siempre nos perdona. Es hermosa la expresión de san Gregorio nacienceno, referida a la penitencia y al arrepentimiento, “como un segundo y fatigoso bautismo no ya mediante el agua, sino por medio de las lágrimas”<sup>20</sup>.

Los cristianos querían ser santos. Deseaban ser fieles a la vida ascética de la primera Iglesia y, por ello, creían necesario retirarse del mundo. No es ya el mundo pagano el que lucha y elimina al mártir, sino el eremita el que emprende el ataque y elimina al mundo de su propio ser.

De las dos manifestaciones preponderantes de santidad cristiana - el martirio y el celibato- es el celibato (o la virginidad) el que se vio favorecido en el siglo IV. San Pacomio (348) y san Basilio (330-379) introdujeron algunos cambios en la vida monástica que dentro del monaquismo dieron origen al estilo cenobítico. Aunque separados del mundo y entregados a una vida de oración, los monjes tenían que vivir en comunidad y ejercer un apostolado (ordinariamente de dirección espiritual) que fuera compatible con la vida estrictamente contemplativa.

En el siglo IV el monaquismo cobró también un gran auge en la iglesia de occidente, especialmente en Roma.

Un siglo más tarde San Benito (480-547), propagará la vida monacal. Regala a la Iglesia su lema: “*ora et labora*” (oración litúrgica, *lectio divina* y trabajo). San Benito y su hermana, santa Escolástica,

---

<sup>19</sup> SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre El Evangelio de Juan*, 26, 6, 13.

<sup>20</sup> SAN GREGORIO NACIENCENO, *Oratio* 39, 17.

lograron preservar la cultura y occidental y proponer un nuevo estilo de vida para todos: no anteponer nada al amor de Cristo.

Ricos y pobres, nada puede impedir la conversión a la fe en Cristo, porque para la Iglesia ya no existe judío o gentil, esclavo o libre, hombre o mujer, todos somos uno en Cristo. Los primeros cristianos poseían un solo corazón y una sola alma. Así nació y así persevera la Iglesia de Cristo a través de los siglos, tejiendo su historia con hilos humanos.

La Iglesia se encuentra siempre en “estado de misión” y seguirá llevando a los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los continentes el mensaje redentor de Cristo.

La variedad y la belleza de los caminos que Dios ofrece en la Iglesia para llegar a Él y para colaborar en su plan de salvación son un reflejo de su sabia pedagogía.

Primero nacen las órdenes monásticas. Después aparecen las congregaciones religiosas. Con el paso del tiempo, el Espíritu Santo suscitará una rica floración de nuevas formas de vida consagrada y apostólica. Son los movimientos eclesiales del siglo XX y XXI. La respuesta del Espíritu Santo a tantos desafíos que presenta la evangelización en un mundo sujeto a continuos cambios y que debe afrontar el reto del secularismo. Los movimientos eclesiales son un signo luminoso de la vitalidad y belleza de la Iglesia de Cristo, y pertenecen a la estructura viva de la Iglesia<sup>21</sup>. Son una nueva primavera del Espíritu.

## *2. Militante por su cometido de la Iglesia: la extensión del Reino*

Una vez reconocido el origen humano de la Iglesia y su devenir a lo largo de los siglos, hemos visto cómo su historia se entreteje en medio de las vicisitudes humanas.

Es conocida la irónica expresión del modernista Alfred Loisy: “Jesús anunció el reino de Dios y ha venido la Iglesia”. Esta frase deja entrever una gran decepción personal. Parecería que en lugar del tan esperado y ansiado reino de Dios<sup>22</sup>, hubiera brotado algo quizás dife-

---

<sup>21</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje a los participantes en el II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*, 2 de junio de 2006.

<sup>22</sup> La expresión «Reino de Dios» aparece en el Nuevo Testamento 122 veces; de ellas, 99 se encuentran en los tres Evangelios sinópticos y 90 están en boca de Jesús.

rente y defectuoso; como si en lugar de un mundo nuevo y transformado por Dios, hubiese surgido una realidad inferior: la Iglesia.

Pero conviene preguntamos: ¿Esto puede ser cierto? ¿La Iglesia es algo inesperado, distinto, decepcionante? ¿Algo así como una esperanza frustrada o un fruto pobre?

Nadie negará que toda la historia de la salvación se puede comprender en esta clave de lectura: la lucha antagónica entre Dios y la presencia maléfica de los espíritus del mal en el mundo. Una absoluta oposición entre Dios y Satanás.

Esto se traduce en una lucha abierta y constante, protagonizada por Jesucristo, para hacer que avance el reino de Dios hasta la total y definitiva victoria sobre el reino de las tinieblas. De hecho, Jesús se enfrentó personalmente con Satanás antes de comenzar su ministerio público. Cuando le acusaron de magia y de echar los demonios en nombre de Belcebú, Jesucristo reafirmó que lo hacía con el poder del Espíritu de Dios y para demostrar que realmente “había llegado el reino de Dios” (Mt 12, 25-28).

Entonces volvemos a preguntamos: ¿Qué o quién es el reino de Dios? ¿Por quiénes se conforma? ¿Coincide con la Iglesia? ¿Hasta dónde se extiende? ¿Realmente no tendrá fin?

Sabemos que la pregunta sobre la Iglesia no puede ser la cuestión primaria. Lo fundamental es la relación entre el reino de Dios y Cristo. Esto es muy importante, pues de ello depende nuestra comprensión de la Iglesia, nuestro conocimiento y amor por Ella.

En la antigüedad, Israel se consideraba el reino de Dios, por ser propiedad exclusiva de YHWH y la pertenencia al reino de Dios dependía de la fidelidad al pacto mosaico (Dt 26,18s). Pero, desgraciadamente, Israel fue infiel a la alianza y por eso dejó de ser el reino de Dios, por mantener una visión política y terrena, un mesianismo nacionalista.

Si por “reino” entendemos la posesión del paraíso sobre la tierra, de un mundo donde reine la paz, la justicia y la solidaridad; otro Edén, donde el dolor y la muerte no se conocen, entonces estaríamos anhelando otra cosa. Ya no sería el reino de Dios, sino otra realidad, donde Dios habría desaparecido, porque ya se le necesita o, peor todavía, nos estorba.

No hay que olvidar —y ya estamos adelantando la respuesta— que la expresión “reino de Dios”<sup>23</sup> no es más que una forma o abstracción. En realidad significa a Dios, que se manifiesta como rey. El reino de Dios no es más que la presencia y la acción soberana de Dios: su ser y su actuar. Es decir: Él mismo, la Vida eterna.

En su obra sobre Jesús de Nazaret, Benedicto XVI considera brevemente cómo la historia de la Iglesia ha interpretado la palabra «reino». Encuentra tres dimensiones a partir de la interpretación de los Santos Padres:

“En primer lugar la dimensión cristológica. Orígenes ha descrito a Jesús —a partir de la lectura de sus palabras— como *autobasileía*, es decir, como el reino en persona. Jesús mismo es el «reino»; el reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales. Es persona, es Él... Una segunda línea interpretativa del significado del «reino de Dios», que podríamos definir como «idealista» o también mística, considera que el reino de Dios se encuentra esencialmente en el interior del hombre<sup>24</sup>... La idea de fondo es clara: el «reino de Dios» no se encuentra en ningún mapa. No es un reino como los de este mundo; su lugar está en el interior del hombre. Allí crece, y desde allí actúa. La tercera dimensión en la interpretación del Reino de Dios podríamos denominarla eclesial: en ella el Reino de Dios y la Iglesia se relacionan entre sí de diversas maneras y estableciendo entre ellos una mayor o menor identificación. Esta última tendencia, por lo que puedo apreciar, se ha ido imponiendo cada vez más sobre todo en la teología católica de la época moderna, aunque nunca se ha perdido de vista totalmente la interpretación centrada en la interioridad del hombre y en la conexión con Cristo”<sup>25</sup>.

---

<sup>23</sup> Marcos emplea el término *basileía* 20 veces. En Lucas este sustantivo aparece 46 veces, y en los Hechos es usado 8 veces.

<sup>24</sup> Esta corriente fue iniciada también por Orígenes, que en su tratado Sobre la oración dice: «Quien pide en la oración la llegada del Reino de Dios, ora sin duda por el Reino de Dios que lleva en sí mismo, y ora para que ese reino dé fruto y llegue a su plenitud... Puesto que en las personas santas reina Dios [es decir, está el reinado, el Reino de Dios]... Así, si queremos que Dios reine en nosotros [que su reino esté en nosotros], en modo alguno debe reinar el pecado en nuestro cuerpo mortal [Rm 6, 12]... Entonces Dios se pasará en nosotros como en un paraíso espiritual [Gn 3,8] y, junto con su Cristo, será el único que reinará en nosotros.» (n. 25: PG 11,495s).

<sup>25</sup> J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007, pp. 76-77.

Lo cierto es que cuando Jesucristo proclama e invita a su reino, anuncia simplemente a Dios, a un Dios vivo y personal, que es Todopoderoso, porque actúa en el mundo y en la historia de cada persona. El reino de Cristo la presencia y a la actuación de Dios. Dios está vivo. Dios existe y es realmente Dios, porque tiene en sus manos los hilos del mundo.

Pero volvamos al Evangelio para encontrar algunas pistas de respuesta y de profundización. Nos situamos primeramente en la escena de la Anunciación. María, una virgen desposada con un hombre justo de nombre José. Una casa-gruta del siglo I de nuestra era por escenario. Un poblado poco conocido, Nazaret, donde vivían alrededor de unas cincuenta familias en las laderas de un cerro y un fragmento de tiempo, donde puedan desarrollarse acontecimientos.

En su silencio y soledad, María recibe el anuncio de un arcángel, enviado por Dios. Ella, virgen, podría ser la madre del «Hijo del Altísimo» del «Hijo de Dios», por obra del Espíritu Santo. A estas palabras el mensajero de Dios añade otras promesas, todas ellas referenciales al Antiguo Testamento: Dios le dará el trono de David, su padre; reinará por siempre en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.

Este maravilloso episodio significaría el cumplimiento de aquella lejana promesa a David, anunciada por el profeta Natán hacía ya casi mil años: “Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre” (2 Sam 7,16).

Promesa de un reino de Dios que aparecía cada vez más contradictorio a la mente humana y de difícil comprensión por el desenlace de los hechos históricos. Israel recuerda y revive exilios, opresión, cautiverio, cadenas, hambre, humillación y muerte... Siglos atrás la misma caída del reino davídico parecía cuestionar el carácter real y definitivo de aquella promesa. Más aún, los acontecimientos tendían un velo sobre tales anhelos: Roma había conquistado y sometido brutalmente la tierra prometida. Incluso el supuesto heredero, el presunto rey de Israel no era siquiera descendiente de David, sino un idumeo: Herodes.

Nada mejor que el salmo 89 muestra con palabras conmovedoras esta tremenda experiencia: “Tú, encolerizado con tu Ungido, lo has rechazado y desechado; has roto la alianza con tu siervo y has profanado hasta el suelo su corona... Acuérdate, Señor, de la afrenta de tus siervos» (vv. 39-42.51). Por supuesto, Dios no podía olvidar a su pueblo ni su promesa del reino definitivo.

En Nazaret, María escucha el anuncio: si Ella da su sí, habrá llegado el tiempo; puede cumplirse la hora. Estamos asistiendo al ahora del cumplimiento. Si accede y se presta, “su reino no tendrá fin”.

Y María, en nombre nuestro, como icono de la Iglesia, dijo “sí”. Así el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Entonces, el reino de Dios, de orígenes humildes y escondidos, como grano de mostaza, fermenta como levadura en la masa.

La predicación del reino de Dios constituye la misión de Jesucristo. Evangeliza con palabras y con hechos; proclama el reino de Dios, porque precisamente para ello ha sido enviado (Lc 4, 43).

La primera condición para entrar en su reino es nacer de nuevo. “Te aseguro que el que no nace de lo alto (*ánóthen*, que puede significar también “de nuevo”) no puede ver el reino de Dios” (Jn 3, 3). Ante la duda y la incredulidad de Nicodemo, que lo entendía en un plano humano, Jesucristo le explica quiénes intervienen en este nuevo nacimiento: “Te aseguro que el que no nace (*ghennéthé*) del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3, 5).

Jesucristo llama e invita. Aquellos 72 discípulos enviados para anunciar el reino de Dios volvieron gozosos y radiantes por los signos y prodigios que habían acompañado su predicación (Lc 10, 17-20).

Jesucristo presenta y explica el reino de Dios con parábolas al alcance de todos: una red que recoge todo género de peces; un sembrador que echó su semilla en diversos terrenos...; un jornalero que se ajusta con unos campesinos en un denario; una viña; un gran banquete en el que participan los paganos junto con Abrahán, Isaac y Jacob, mientras que los hijos del reino, los incrédulos, quedan excluidos de él. El reino de Dios es como un tesoro o como una perla preciosa y quien los encuentra ha descubierto lo más valioso e importante (Mt 13, 44-46).

La predicación del reino de Dios invita a la conversión y al perdón mutuo (Mc 1, 14). Quien acoge este anuncio, obtiene el perdón de los pecados y entra en una relación íntima y amorosa con el Padre celestial.

El reino de Cristo debería ser la única preocupación de los discípulos, que no pueden afanarse por el comer o el beber, ya que Dios conoce lo que ellos necesitan y está dispuesto a dárselo. Buscar el reino de Dios y su justicia es lo primero y más importante (Mt 6, 25-34).

Así lo entenderían y predicarían después sus apóstoles y seguidores: “El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo

en el Espíritu Santo” (Rm 14, 17) En una palabra: “El reino de Dios es... gozo”.

También el reino forma parte integrante de la oración de Jesucristo. Son sus mismas palabras de petición que dirige al Padre: “Venga a nosotros tu reino” (Mt 6, 9; Lc 11, 2).

Y gracia a la oración de Jesucristo y de sus discípulos y seguidores, que imploramos todos los días su misma petición, este reino ya está presente en el mundo, en nuestros corazones: “El reino de Dios está aquí, en medio de vosotros”. ¿Dónde? ¿En quiénes? ¿Cómo? El reino es poseído por los pobres de espíritu. Sólo los humildes, los que son como niños poseen la llave de este reino: “Os aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él” (Mc 10, 13-16). También hay personas que “por el reino de Dios” se hacen voluntariamente “eunucos”, es decir, renuncian a los bienes del matrimonio o viven en virginidad: “Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, los hay que fueron hechos eunucos por los hombres y los hay que a sí mismos se hicieron tales por el reino de Dios. ¡El que sea capaz de hacer esto, que lo haga!” (Mt 19, 13). Es un reino que sufre violencia y sólo los esforzados lo poseen (cf. Mt 11, 12).

Jesucristo en su anuncio utilizaba las expresiones reino de Dios o reino de los cielos, porque la palabra “cielo” para la tradición judía es otra forma de nombrar a Dios. San Mateo, que destina su evangelio a los cristianos de proveniencia judía, por respeto y para evitar la mención explícita al nombre de Dios, se servirá de este sinónimo «reino de los cielos». Con esta expresión anuncia una realidad fuera de este mundo y habla de un Dios que es inmanente y trascendente, que está aquí y más allá de este mundo. En conclusión, aquello que Jesús llama «Reino de Dios, reinado de Dios», es una realidad sumamente compleja, que aceptándola en conjunto, nos permite acercarnos a su mensaje y dejarnos guiar por él.

Jesucristo mismo, antes de escuchar su condena a muerte, le había asegurado a Pilato: “Mi reino no es de aquí” (Jn 18, 36). De esta forma afirmaba su condición de rey y la existencia de un reino fuera de este mundo. A pesar de todo, el procurador romano astutamente ordenó colocar sobre la cruz el motivo de la sentencia de muerte: “Jesús nazareno, rey de los judíos”. Un rey sin reino no sería suficiente motivo para condenarlo. Para poder matar a Jesús era necesario atribuirle una corona y un reino humano, rival del imperio, posible amenaza contra el poder de Roma.

Una y otra vez los aparentemente grandes y poderosos de este mundo terrenal han querido adueñarse de este reino o pactar con él. Nada más equivocado. Cristo es rey. Lo ha sido desde siempre y lo será por siempre. Ayer, hoy y siempre es el mismo. Su reino no tendrá fin. Ningún reino de este mundo puede ser o coincidir con el reino de Dios.

Este reino no se apoya en poderes o ídolos humanos, sino que se sostiene en la fe, la esperanza y el amor. Aquel reino del Hijo de David nunca tendrá fin. ¿Por qué? Porque en Jesucristo, Dios ha entrado en este mundo y sigue estando presente a través de la Iglesia. Las palabras del arcángel Gabriel a la Virgen María son ya una promesa cumplida. María dio a luz a Cristo Cabeza. Cristo quiso constituirse su cuerpo, su Iglesia sobre el fundamento, la roca de Pedro: “Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de Dios; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”. (Mt 16, 18-19) Tierra y cielos unidos, atados o desatados por las llaves del reino de Dios en manos de la Iglesia.

El mismo libro del Apocalipsis no hace más que proponer el tiempo de la Iglesia como la instauración del reino de Dios entre los hombres por obra del cordero inmolado, Jesucristo. Y lo presenta retomando toda la historia de la salvación en clave de lucha y victoria del Cordero. Un gran dragón combate contra la mujer y su descendencia (Ap 12, 1-6; 13-17). Miguel y sus ángeles le hacen frente y la bestia infernal, identificada con la antigua serpiente del libro del Génesis, es derrotada y aniquilada (Ap 19, 19-20; 20, 1-10). De esta forma, comienza el reino de Dios y del Cordero (Ap 21-22).

“Su reino no tendrá fin”. La Iglesia, desde los concilios de Nicea y Constantinopla, ha hecho suyas estas palabras de la anunciación y las ha esculpido en su Credo. Cada vez que proclamamos nuestra fe trinitaria, no sólo recordamos esta promesa sino que la actualizamos en el hoy de la Iglesia. Hoy como en los primeros siglos de nuestra era, la fe y el reino de Cristo abraza a todo el mundo y queremos que se extienda por todos los puntos cardinales, por los siglos de los siglos.

Aunque no conocemos ni el tiempo de la tierra nueva y de la nueva humanidad, de la transformación del universo, sabemos que cuando la muerte sea definitivamente vencida, reinaremos con Él para

siempre. Y esta esperanza hacia el futuro llena todas las expectativas del corazón humano.

El Vaticano II, en su constitución pastoral *Gaudium et spes*, nos alienta y confirma a mirar y desear aquel momento: “Cuando Cristo devuelva a su Padre el reino eterno y universal, el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y de la gracia, el reino de la justicia, del amor y de la paz. En esta tierra el reino ya está presente de una manera misteriosa, pero, cuando el Señor vuelva, llegará a su plenitud”<sup>26</sup>.

### 3. Iglesia militante en su consumación y plenitud final

El análisis del concepto teológico “Reino de Dios” ha mostrado claramente la dimensión militante de la Iglesia. Reino de Dios no se identifica con la Iglesia, ya que el cometido de ésta es extenderlo por doquier y hacer partícipes del mismo a la “multitud” –por utilizar otro término cargado de simbolismo teológico.

Ahora se propone una mirada al futuro desde una dimensión escatológica. Hemos visto cómo la característica de Iglesia militante aparece en los orígenes, en el desarrollo, en la finalidad de la misma. ¿Será apropiado aplicarla también a su consumación? En otras palabras: llegando a su plenitud, ¿seguirá siendo la Iglesia militante?

Tertuliano, en el año 212, escribía al procónsul Scápula, encarnado perseguidor de cristianos: “El mundo durará cuanto dure el Imperio”<sup>27</sup>. Quizás Tertuliano pensaba, como la mayoría de los escritores antiguos, que el imperio romano sería eterno y veía en la Iglesia la única que podía retardar la catástrofe del mundo. Por eso esgrimía este argumento en contra de los perseguidores: acabar con los cristianos es provocar la caída del Imperio y, por ende, el fin del mundo.

Pero el mito de una Roma eterna calló con el último emperador. Entonces también la Iglesia entendió que el imperio no podía ser su *hábitat* natural ni el único escenario de su apostolado misionero. La Iglesia debía trascender las categorías humanas y redimensionar sus relaciones con los estados y sociedades.

---

<sup>26</sup> *Gaudium et Spes*, 39.

<sup>27</sup> TERTULIANO, *Ad Scapulam*, 2.

En este sentido es admirable la intuición de san Agustín: “Dos amores dieron origen a dos ciudades: la terrena, mediante el amor a sí hasta el desprecio de Dios y la eterna, mediante el amor a Dios hasta el desprecio de sí”<sup>28</sup>. Con estas célebres palabras separa las dos realidades y pone el fundamento de las dos ciudades: la *caritas* o la *cupiditas*.

Por eso, la Iglesia no desapareció como el imperio romano con la derrota de Rómulo Augústulus en el año 476 d.C.

La Iglesia, en efecto, camina en la historia, es parte de ella según el proyecto de Dios. La Iglesia sigue viva y siempre se rejuvenece. El futuro es nuestro. El futuro es de Dios. Benedicto XVI ve cómo la Iglesia se renueva cada día: “El árbol de la Iglesia no es un árbol moribundo, sino el árbol que crece siempre de nuevo... La Iglesia se renueva siempre, crece siempre... El futuro es realmente de Dios: esta es la gran certeza de nuestra vida, el grande y verdadero optimismo que conocemos. La Iglesia es el árbol de Dios que vive eternamente y lleva en sí la eternidad y la verdadera herencia: la vida eterna”<sup>29</sup>.

Recordemos que la Iglesia peregrina no agota todas las dimensiones y estados de la Iglesia de Cristo. No podemos olvidarnos de nuestra Iglesia triunfante y quienes son purificados en el fuego del amor. Sin embargo, todos, aunque en modo y grado diverso, integramos la única Iglesia<sup>30</sup>.

Nuestra Iglesia vive ya los últimos días, no porque haya llegado el fin o sea inminente, sino porque en ella ya ha iniciado la recapitulación de todo en Cristo. Es el dinamismo entre el “ya” y el “no todavía” que posibilita la historia de la Iglesia. Ya gozamos de Dios, de su reino, de su bienaventuranza, pero todavía no de modo pleno y total. Ya somos verdaderos hijos de Dios en el Hijo, pero todavía no lo vemos cara a cara, tal cual es.

Como todas las creaturas, como la historia del mismo pueblo de Israel, la Iglesia tuvo un principio y tendrá un final, en su consumación gloriosa. De hecho, como hemos señalado en capítulos anteriores, la Iglesia constituye el signo y el inicio del reino de Dios en el mundo.

---

<sup>28</sup> SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XIV, 28.

<sup>29</sup> BENEDICTO XVI, *Lectio divina*, 8 de febrero de 2013.

<sup>30</sup> Cf. *Lumen Gentium*, 49.

A partir de estas reflexiones podemos introducir el adjetivo *escatológico* y aplicarlo a la Iglesia. Con ello estamos indicando que ella está ligada a la última y definitiva realidad (*éscaton*). En otras palabras, en la Iglesia el reino de Dios es ya una realidad, aunque todavía no completa. Por eso la Iglesia posee, dentro de ella misma, un dinamismo que le dirige a su plenitud. El Espíritu Santo es quien completa la obra de Cristo (Jn. 16, 12-15). Con la fuerza del evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo<sup>31</sup>.

¿Pero cuál es, en definitiva, el cumplimiento de ese proyecto divino? ¿Cuándo y cómo llegará la Iglesia a su plenitud? ¿Cómo será su consumación? ¿Será militante?

El libro del Apocalipsis nos ofrece algunas respuestas, precisamente este libro muestra la belleza única e indecible de Jesucristo.

En la visión inicial de Cristo se dice que la voz de Cristo es la voz de muchas aguas (Ap. 1, 15). La voz de Cristo —comenta Benedicto XVI— reúne todas las aguas del mundo, lleva en sí todas las aguas vivas que dan vida al mundo<sup>32</sup>.

Abriendo el capítulo cuarto encontramos tres símbolos, sobre los cuales podemos leer la historia: el trono de Dios, el Cordero y el libro (Cf. Ap. 4, 1–5, 14).

El primer símbolo es el trono, donde un personaje que supera cualquier representación humana está sentado sobre él. Es Dios. Un Dios omnipotente, pero cercano al hombre. Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes lo alaban incesantemente como único Señor de la historia.

El segundo símbolo es el libro, que contiene el plan de Dios sobre todo el acontecer humano. Está cerrado herméticamente con siete sellos y nadie puede leerlo. Sólo un Cordero es capaz de abrirlo.

Jesucristo, el cordero inmolado en la cruz, constituye el tercer símbolo. Está de pie, porque ha resucitado. Sólo él es capaz de abrir los sellos y revelar el plan de Dios, el sentido profundo de la historia.

A nosotros, ¿qué dicen estos símbolos? En primer lugar nos recuerdan que sólo con la oración, esa relación íntima y personal con

---

<sup>31</sup> *Lumen Gentium*, 4.

<sup>32</sup> BENEDICTO XVI, *Lectio divina*, 8 de febrero de 2013.

Cristo, podemos leer los hechos y signos de la historia, de nuestra misma vida.

En segundo lugar, nos invita a confiar plenamente en el Cordero, que es más fuerte que el pecado y que la muerte. Cristo abre los sellos que han cerrado el libro del mundo: muertes, injusticias, infidelidades, hambres, enfermedades...

La aparente omnipotencia del Maligno se enfrenta a la verdadera omnipotencia de Dios, que siempre vence. Porque donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia (Rm. 5, 20). ¡Confiemos! En la historia del hombre ha penetrado la fuerza de Dios. Su gracia no sólo es capaz de equilibrar el mal, sino incluso de vencerlo. El jinete blanco del Apocalipsis hace referencia a la Resurrección: Dios se hizo tan cercano que bajó a la oscuridad de la muerte para iluminarla con el esplendor de su vida divina; tomó sobre sí el mal del mundo para purificarlo con el fuego de su amor<sup>33</sup>.

La Iglesia vive en la historia, no se cierra en sí misma, sino que afronta con valentía su camino en medio de dificultades y sufrimientos. El mal no vence al bien, la oscuridad no puede ofuscar el esplendor de Dios. El cristiano no puede ser pesimista.

Al final del libro, Jesucristo repite varias veces: “Mira, yo vengo pronto» (Ap. 22, 7. 12). Es una advertencia para el futuro y para nuestro presente. Entonces, el Espíritu que guía, anima y sostiene a la Iglesia, suscita en ella el anhelo de la última venida: “El Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven! (Ap. 22, 17). La Iglesia, la “esposa” aspira ardentemente a la plenitud del matrimonio.

En la descripción de la mujer del Apocalipsis, san Metodio de Olimpo ha visto que “la parturienta que engendra el Logos en el corazón de los creyentes es nuestra Madre, la Iglesia”<sup>34</sup>. Ciertamente el texto apocalíptico puede referirse a María o a la Iglesia, dado que las dos son madres y engendran nuevas vidas.

La Iglesia no es una realidad estática. Posee un origen, una historia, una Tradición... Aunque peregrina, sabemos que ya ha llegado a la meta, en Cristo.

La Iglesia, por ser obra de Dios, es portadora de un designio de salvación que no se puede ponderar debidamente partiendo de crite-

---

<sup>33</sup> Cf. BENEDICTO XVI, catequesis 12 septiembre 2012.

<sup>34</sup> SAN METODIO DE OLIMPO, *Symposium*, 8, 11.

rios humanos. Nos movemos, por tanto, en el ámbito de la fe y de las realidades sobrenaturales, que son, al mismo tiempo humano divinas.

La Iglesia sigue suplicando hasta su plenitud. Mientras tanto, aguarda confiadamente, contemplando a María Santísima. Ella, la llena de gracia, es el modelo más acabado de la nueva creatura surgida del poder redentor de Cristo.

Ella, María, es también la plenitud anticipada de la Iglesia. Reconoce el Vaticano II: “La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura”<sup>35</sup>. En María, la Iglesia ha alcanzado ya la plena, eterna y gloriosa unión con Jesucristo.

### *Conclusión: Luna, aurora y nave*

Llegando al final de nuestras reflexiones, ponemos punto final evocando tres imágenes de la misma Iglesia, extraídas de la Tradición de la Iglesia, que muestran no sólo la belleza de la misma, sino que subrayan la militancia de la misma.

Los Padres de la Iglesia nos han acostumbrado a ver a Cristo como la luz del mundo, cuyo resplandor no tiene ocaso. Sol que nace de lo alto y que ilumina a buenos y malos. Luz que guía nuestros pasos por el camino de la paz.

La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo. De él recibe su brillo y esplendor. Por eso la Iglesia se compara a la luna, porque su luz es reflejo del sol<sup>36</sup>.

¿Por qué los Padres de la Iglesia y la Tradición posterior privilegiaron esta imagen de la luna? El misterio de la luna es un punto de unión entre la antigüedad clásica y el cristianismo naciente. En la luna, la mítica Selene, los padres encontraron un reflejo de la Iglesia.

La luna, durante la noche y en su período de crecimiento, camina y se dirige hacia el día, donde la muerte y toda peregrinación cesarán.

El mundo clásico leyó las fases lunares en tres estados: la luna muriente, la parturienta y la luna radiante. Para el cristianismo estas tres dimensiones simbolizaban la Iglesia esposa, madre y reina<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> *Lumen Gentium*, 68.

<sup>36</sup> Cf CIC, 748.

<sup>37</sup> Cf. H. RAHNER, *Simboli della Chiesa*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1994, pp. 151-152.

Y así la luna es símbolo de la Iglesia, porque además de estas dimensiones aparece, al mismo tiempo, oscura y esplendorosa<sup>38</sup>. Ninguna de las dos posee luz propia. La reciben del sol. La Iglesia es iluminada por Cristo. Por ello es clara y blanca. Pero también nuestras debilidades y pecados oscurecen su cara. No obstante, la luna sigue mirando al sol, como la Iglesia a Cristo, aguardando el día sin ocaso.

Para san Agustín, sol y luna, como Cristo y su Iglesia forman misteriosamente una unidad y la muerte corporal de Cristo se realiza místicamente en el cuerpo de la Iglesia<sup>39</sup>. Como la luna, la Iglesia es la “siempre muriente”. Pero de cuya muerte nace la fecundidad de la vida. Iluminada por el sol, decrece, muere y renace en cada ciclo lunar. Aquí aparece el gran misterio de Cristo: la luna decrece y disminuye hasta morir. Muere y aparece nueva. La gestación materna de la Iglesia, su crecimiento y su disminuir, su plenilunio revelan el misterio escatológico de la Iglesia. La meta de la Iglesia es la resurrección de la carne, ya iniciada en la regeneración bautismal.

El ocaso del sol, interpretado como la muerte de Cristo en la cruz, coincide con el nacimiento celeste de la luna, la Iglesia. Parecería que una sucede al otro. Pero este sol no muere más. Ni la luna se apagará con el nuevo amanecer. Es el misterio de la Pascua. El misterio central de la Iglesia. En la noche de Pascua brilla en el cielo la luna llena. La Pascua conmemora la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, pero también nuestra pascua. Cristo nos ilumina y nos transforma en hombres nuevos.

Finalmente el misterio de la luna nos ayuda a desear el eterno plenilunio. Allí veremos el rostro de Jesucristo y ya no habrá más noche. No necesitaremos luz de lámpara ni de sol, porque el Señor alumbrará sobre nosotros y reinaremos con Él por los siglos de los siglos. (Cf. Ap 22, 4-5)

Qué bien comprendió este misterio San Ambrosio, que exclamó en su *Hexaameron!*: “Dichosa eres verdaderamente, o luna, que tanto mérito has alcanzado por tu significado. Te creo dichosa, no por tu novilunio, sino porque eres imagen y tipo de la Iglesia”<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarrationes*, Salmo 10, 3-4.

<sup>39</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarrationes*, Salmo 120, 12.

<sup>40</sup> SAN AMBROSIO, *Hexaameron*, 4, 8, 32: CSEL 32, 1, p. 138, 20-ss.

En el evangelio se nos presente Juan el bautista como el hombre de la luz. Llevaba la luz, pero no su propia luz. Testimoniaba y reflejaba otra luz.

Juan –dice el Papa Francisco- es como una luna, y cuando Jesús comenzó a predicar, la luz de Juan comenzó a declinar. Voz, no palabra. Luz, pero no propia... Esa es la vocación de Juan: desaparecer... La figura de Juan me hace pensar mucho en la Iglesia. La Iglesia existe para anunciar, para ser la voz de la Palabra, de su Esposo... La Iglesia debe escuchar la Palabra de Jesús y hacerse su voz, proclamarla con coraje. Esta es un Iglesia sin ideologías, sin vida propia: la Iglesia que es el *mysterium lunae* (misterio de la luna), que tiene la luz de su Esposo y debe disminuir, para que Él crezca”<sup>41</sup>.

La Iglesia es también aurora del nuevo día. Esta imagen tan querida para san Gregorio Magno, completa nuestra reflexión sobre el misterio de la luna. Con razón se designa con el nombre de amanecer o de aurora a la Iglesia, pues el amanecer es el paso de la noche al día.

Leemos en el Cantar de los cantares: *¿Quién es ésta que se levanta como la aurora?* Es la Iglesia, la aurora, porque al ir desechando las tinieblas del pecado, se va iluminando con la luz de Cristo.

El papa san Gregorio, al considerar la naturaleza del amanecer, profundiza en su significado con una sutil reflexión. La aurora o amanecer anuncia que la noche ya ha pasado, pero no muestra todavía la íntegra claridad del día, sino que, por ser la transición entre la noche y el día, tiene algo de tinieblas y de luz al mismo tiempo.

Precisamente la Iglesia contiene algo de tinieblas y de luz. Es todavía aurora, el tiempo que media entre las tinieblas y la luz. Será pleno día cuando sea iluminada completamente por el sol de justicia<sup>42</sup>.

El profeta Amós advertía al pueblo de Dios: “Buscad al Señor, que convierte la sombra en aurora.” (Am. 5, 20) La sombra es reflejo de la ley antigua, que debe dar paso a la aurora de la nueva alianza, al nuevo pueblo de Dios que está por nacer: la Iglesia. En la sombra, en la noche del antiguo pueblo se ofrecían sacrificios y holocaustos de animales. Pero Dios detestaba aquellas fiestas y ofrendas, ofrecidas exteriormente, con la conciencia impura y el corazón alejado de Dios.

---

<sup>41</sup> PAPA FRANCISCO, 24 de junio de 2013.

<sup>42</sup> Cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Sobre el libro de Job*. Libro 29, 2-4: PL 76, 478-480.

La aurora del nuevo día se avecina. Es preciso buscar al Señor, el único que convierte la noche en aurora.

Finalmente, una breve mención a la figura de la nave. El entonces cardenal Ratzinger la contemplaba así: “Yo diría que si no existiera esta nave, habría que inventarla. Responde tanto a las actuales necesidades del hombre, está tan anclada en el ser del hombre -en lo que el hombre es, quiere y debe ser-, que yo creo que la mejor garantía de que la Iglesia nunca perderá su fuerza esencial, y la mejor garantía de que esta nave no puede hundirse con facilidad es, precisamente, el hombre”<sup>43</sup>.

Precisamente para san Ambrosio el destino de la Iglesia consistía en saber navegar por este mundo: “No es despreciable la nave de la Iglesia que surca los mares profundos, con las velas henchidas por el viento del Espíritu Santo y aferradas al mástil de la cruz”<sup>44</sup>.

San Hipólito de Roma es el primero en hallar significado y simbolismo a cada uno de los componentes de la nave. Presenta un sugestivo catálogo naval. El mar es el mundo. La nave, la Iglesia. El piloto experto, Cristo. El mástil es la cruz. Proa y popa representan oriente y occidente en su travesía hacia el cielo. Los dos timones son los dos testamentos. El barril de agua dulce, el bautismo. El velamen blanco, el Espíritu Santo. El ancla de hierro, la ley de Cristo. Los remeros, los ángeles custodios. La vela superior, los profetas, apóstoles y mártires que reposan en Cristo<sup>45</sup>.

El mar es inmenso y la barca, pequeña. En mares tempestuosos se halla continuamente en peligro, pero la Iglesia es nuestra salvación. Zarandeada, no va a pique<sup>46</sup>.

San Bonifacio comparó la Iglesia como una gran nave que surca los mares de este mundo, y que es azotada por las olas de pruebas de esta vida. Pero a esta barca no se abandona; se gobierna. De ello – escribe- nos dan ejemplo nuestros primeros padres Clemente y Cornelio y muchos otros en la ciudad de Roma, Cipriano en Cartago, Atanasio en Alejandría, los cuales, bajo el reinado de los emperadores paganos, gobernaban la nave de Cristo, su amada esposa, que es la Iglesia,

<sup>43</sup> JOSEPH RATZINGER, *La sal de la tierra*, p. 19.

<sup>44</sup> SAN AMBROSIO, *De virginitate*, 18, 118: PL 16, 297B.

<sup>45</sup> Cf. SAN HIPÓLITO ROMANO, *De Antichristo*, 59.

<sup>46</sup> “Tunditur, non mergitur”. San Pedro Crisólogo, *Sermo 21*: PL 52, 258<sup>a</sup>.

con sus enseñanzas, con su protección, con sus trabajos y sufrimientos hasta derramar su sangre<sup>47</sup>.

Cristo no dejará nunca que su Iglesia naufrague. Confiemos en su promesa. Ya ha dado su vida para salvarla a través de su misterio pascual. Todos los días cuida de ella por medio de sus pastores. La alimenta y la protege por medio de los sacramentos. Está con nosotros, fiel timonel, hasta la consumación de los siglos. Juntos, Él y nosotros, vamos hacia la otra orilla.

Contamos además con la estrella. San Bernardo le atribuye a María el título de estrella, a quien debemos invocar en medio de los peligros de alta mar. Si la nave de Cristo se ve azotada por las olas y se levantan tempestades de tentaciones; si estás sumido en el abismo de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si estás azotado por las olas de la soberbia, de la ambición, de la maledicencia, de la envidia, mira a la estrella, invoca a María. Si la ira, si la avaricia, si el deseo de los placeres de la carne hacen zozobrar la nave de tu alma, mira a María. Si, avergonzado por lo terrible de tus pecados, confundido por la negrura de tu conciencia, horrorizado con el pensamiento del juicio, comienzas a hundirte en el abismo de la tristeza y la desesperación, piensa en María. En medio de los peligros, de las angustias, de la incertidumbre, no se caiga ni de tu corazón ni de tus labios el pensamiento de ella, y, para obtener más seguramente el auxilio de sus súplicas, no dejes de imitar sus ejemplos. Siguiéndola, no te extravías; rogándola, no te desesperas; pensando en ella, no te pierdes. Mientras ella te lleve de la mano, no caerás. Si ella te cuida, no hay nada que temer. No te cansarás, si ella es tu guía. Si ella te defiende, llegarás seguro al Puerto<sup>48</sup>.

**Summary:** The Church is “militant”. This statement of Henri de Lubac, one of the greatest theologians of the twentieth century, is clearly developed in his “Meditation on the Church” (introduction). In this study I want to enter more deeply into this insight of the famous Jesuit theologian, showing how the Church is militant in her origin and in her history (1). She is militant in her purpose (2) and finally, She is militant in her consummation (3). Some images of the Church, taken from the patristic tradition, corroborate this intuition (conclusion).

<sup>47</sup> SAN BONIFACIO, *Carta 78*; MGH, *Epistolae* 3, 352. 354.

<sup>48</sup> SAN BERNARDO DE CLARAVALL, *2ª homilía en “Missus est”*.

**Sommario:** La Chiesa è “militante”. Quest’affermazione di Henri de Lubac, uno dei più grandi teologi del ventesimo secolo, è chiaramente sviluppata nella sua “Meditazione sulla Chiesa” (introduzione). In questo studio voglio approfondire in questa intuizione del famoso teologo gesuita, mostrando come la Chiesa sia militante nella sua origine e nella sua storia (1), militante nel suo compito (2) e finalmente, militante nella sua consumazione (3). Alcune immagini della chiesa, prese dalla tradizione patristica, corroborano questa intuizione (conclusione).

**Key words:** Church, militant Church, Kingdom of God, Kingdom of Christ, Henri de Lubac, Fathers of the Church, Gaudium et Spes, Benedict XVI, Pope Francis.

**Parole chiave:** Chiesa, chiesa militante, Regno di Dio, Regno di Cristo, Henri de Lubac, Padri della Chiesa, Gaudium et Spes, Benedetto XVI, Papa Francesco.